

mado y defendido la independencia completa de los poderes civil y eclesiástico, como una garantía para el establecimiento y consolidación de la paz, no menos que para la prosperidad de las naciones, y por lo tanto, hemos considerado la Reforma como el medio más seguro para la obtención de esos inapreciables bienes, preferibles á los intereses de una ó más corporaciones, "lastimadas, no en la esencia de su ser, sino en sus riquezas mal empleadas y en el pernicioso influjo que por ellas mantenían."

Por otra parte, la Reforma, digan lo que quieran sus derrotados adversarios, es ya un hecho en la República; por tal motivo, ¿qué pasión mezquina podría animarnos en contra del clero?

Ahí quedan los hechos consumados, y á lo por venir y á la historia es á los que incumbe decidir de su justicia.

Respecto de la Intervención francesa, mucho hay que decir. La narración de esa parte importantísima de nuestra historia contemporánea será objeto de la segunda parte de esta obra, que publicaremos en seguida de la presente con su gráfico título de "Guerra de Intervención," dejando para lo último la parte tercera ó sea la del Gobierno del llamado Imperio, que terminó con el desastre de Querétaro el inolvidable año de 1867.

Creemos con ello hacer un humilde servicio á la causa nacional, relatando hechos magníficos de nuestra gloriosa epopeya, que á la vez que nos infundan legítimo orgullo, fortifiquen nuestra fe en las conquistas del progreso, animen y sostengan nuestra esperanza en el brillante por venir de la patria, y nos ayuden é impulsen á establecer la paz y la libertad, vinculadas en el orden y la justicia, en el respeto á la ley, y en la práctica leal y sincera de las instituciones democráticas.

FIN DEL TOMO I

APÉNDICE.

LAS MATANZAS DE TACUBAYA.

11 DE ABRIL DE 1859.

I

..... Vox sanguini fratris tui ad me
de terra.
..... Maledictus eris super terram,
que aperuit os suum, et suscepit san-
guinem fratris tui clamant de manu
tua.

Gen., cap. IV.



El efimero triunfo que el partido que hipócritamente se llama defensor de la religión alcanzó en Tacubaya el 11 de Abril, ha llenado de luto y de consternación á las clases todas de la sociedad, porque ese partido ha excedido á sus antecedentes históricos de crueldad y de odio, de rencor y de barbarie, y con su espantosa y cobarde iniquidad ha dejado muy atrás á la facción de Concha, Calleja y Bataller, á la facción de Facio, Picaluga y Alamán, y ha hecho caer de los ojos de unos cuantos ilusos la venda del engaño, mostrándose la reacción á toda luz, no sólo vengativa é implacable, sino salvaje é impía, y hoy nadie cree que una turba de sicarios, de verdugos y de asesinos pueda defender la religión sublime de amor y de piedad, traída al mundo por el Mártir del Calvario.

En vano, en vano el crimen se ha perpetrado tras la confusión de una batalla, en medio de la soledad y las sombras de la noche en lomas despobladas; en vano se quiere envolver el hecho en el misterio, callando hasta el nombre de las víctimas; en vano se quiere ahogar la voz dolorida y espirante de esos mártires con el clamoreo de las campanas, con pompas oficiales, con guirnaldas y coronas de flores, con *Te Deum* y misas de gracia que son una nueva profanación del Templo de Cristo; en vano se anuncia á media voz el sacrificio: el mundo entero sabrá toda la verdad, y la execración del género humano caerá sobre los monstruos que para saciar su sed de sangre, han cometido un atentado que no registran ni las páginas más sombrías de la historia de los tiranos..... ¡Ah! no! lo que habéis hecho no lo hicieron ni los Calígulas ni los Nerones, no se vió ni en los tiempos más calamitosos; no lo hizo tampoco la misma Inquisición, por que parece que á todos los verdugos de las naciones, á todos las fieras que han sido el azote de los pueblos, les quedó algún resto de humanidad, algo de hombres en las fibras del corazón, y sólo vosotros, los que os decís soldados de la religión, no sentís horror á la matanza, al exterminio, y no conocéis ni ese pudor del facineroso para buscar un pretexto á su delito!

Seguid, seguid felicitándoos mutuamente, dándoos recompensas porque habéis sido asesinos, insultando al Criador con vuestros sacrilegos votos de gracia, parodiando á los héroes triunfadores, preparando agasajos de mujeres fanáticas que olvidando la ternura de su sexo, se transforman en Euménides paganas, en furias que se gozan con la sangre; todo eso no importa: en medio de vuestro triunfo, todos ven en vuestra frente la señal de Caín el fratricida, y vuestros bandos y trofeos están manchados de sangre; pero no de esa sangre que se vierte en las batallas, sino de esa sangre inocente derramada cobardemente por asesinos. Sí, asesinos son los héroes de esa jornada funesta; asesinos son Márquez y Miramón; asesinos todos sus cómplices, y no parece sino que el clero reclama su parte de complicidad, cuando en los templos en que ha establecido sus mostradores y sus tarifas para vender las gracias espirituales y pagar la opresión de los pueblos, se apresura á entonar himnos de gozo en honor de los verdugos. No, no son estos sacerdotes los discípulos de Cristo, cuando no resuena en sus oídos la terrible voz del Señor:

“Maldito serás sobre la tierra, que abrió su boca para recibir la sangre de tu hermano derramada por tu mano.”

Somos mexicanos, somos cristianos, somos hombres; creemos en la ley del progreso y de la perfectibilidad humana, y por eso quisiéramos que se pudiera borrar de la historia los atentados que acabamos de presenciar, pues ellos son tales, que cuando se sepan en el mundo, se pondrá en duda la proverbial magnanimidad de nuestros compatriotas y su filantrópico carácter; se creará que á estas regiones no ha penetrado la luz del cristianismo, y que en nuestras guerras civiles los que combaten á las puertas de la Capital son tribus más salvajes que los apaches y los comanches. Pero no, no es el país el culpable; precisamente queremos vindicarlo, y que la mancha del crimen caiga sobre su autores: *suum cuique*.

No es el Gobierno de la República el que se complace en bañarse en sangre; no es tampoco un partido político; no es el ejército nacional. No, mil veces no; el país no ha consentido en darse un Gobierno compuesto de truhanes, tahures, ladrones y asesinos. Una facción inmunda ha asaltado el poder en la Capital; pero esta no es Gobierno, es una camarilla compuesta de las heces de los garitos, de la escoria de los cuerpos de guardia y de las sacristías. No, no hay en México un partido político cuyo dogma sea el asesinato: los que azotan á las mujeres, los que fusilan á los heridos, los que niegan un confesor á los moribundos, los que asesinan á los médicos y á los niños, y después insultan á sus cadáveres, no forman, no, ni pueden formar una comunión política; forman, sí, una turba de malhechores que á soldada de los interesados en los abusos, intentan volver el país á la barbarie. No, no es el ejército nacional el culpable de estos crímenes; el soldado mexicano fué siempre noble y generoso en la victoria: el ejército que consumó la Independencia, que sostuvo la libertad, y defendió la integridad del territorio, si fué valiente en el combate, miró como hermanos á los vencidos, y no confundió la lucha leal y magnánima con el asesinato proditorio. El General Bravo, perdonando á seiscientos prisioneros españoles el día en que su padre era fusilado, es el ejemplo que al mundo puede dar de magnanimidad nuestra historia. Convertir al soldado en verdugo y en asesino, estaba reservado á Márquez, Miramón y Mejía!!!

Doloroso, pero preciso es narrar los crímenes del 11 de Abril, si-

quiera para poder salvar al país de toda responsabilidad y para provocar contra sus autores el odio y el horror de todos los corazones humanos y cristianos. No lanzamos un grito de venganza, no queremos suscitar represalias, no somos amigos de la ley del Tali6n, hemos deseado siempre la completa abolici6n de la pena de muerte, y así no pedimos ojo por ojo, diente por diente, sangre por sangre. . . ¿Y para qué? Las víctimas perdonaron á sus verdugos y tuvieron para ellos palabras de paz y de salud: los verdugos temblaban y los sacrificados estaban serenos.

No, no pedimos venganza: ¿habrá quien libre á los culpables del desprecio y del anatema universal? ¿No tendrán siempre delante de los ojos un velo de sangre? ¿No tendrán siempre en el oído el estertor del moribundo, los gritos del que mal herido espiró á culatazos, el lamento de la viuda, el llanto de la madre, las maldiciones del huérfano? ¿Dónde habrá un castigo más terrible que la propia conciencia? Ella les dirá sin cesar ahora y mientras vivieren: "¡Malditos sois en la tierra que abrió su boca para recibir la sangre de vuestros hermanos, cobardemente asesinados por vosotros!" Esto basta.

II

Entremos en la narración de los sucesos; pero antes una reflexión y un recuerdo, que forma contraste con los hechos que acaban de pasar.

Deseando como cristianos y como filósofos la total abolición de la pena de muerte, sabemos, sin embargo, que una fatal necesidad, ó más bien, una tímida preocupación, la conserva en vigor en la legislación de casi todos los pueblos. No es, pues, este el momento de combatir la pena capital, puesto que lo que ha pasado no ha sido una pena, puesto que no ha habido juicio, ni acusación, ni defensa, ni audiencia, ni testigos, ni pruebas, ni identificación de personas, ni nada que cubriera al menos las apariencias; ha habido sólo una orden de Márquez y Miramón para matar hombres indefensos, de los que la mayor parte no podían ser ni prisioneros de guerra, y esta orden ha sido ejecutada por oficiales indignos, por una soldadesca desen-

Pero suponiendo, por un momento, que las ejecuciones fueran consideradas como la aplicación de una pena, ¿es una facción la que puede dictar leyes penales contra los defensores del orden legal? ¿Puede el rebelde juzgar y condenar al ciudadano que fiel á su deber combate en favor de la legitimidad?

Todavía, dando algún valor á las llamadas leyes del tiempo de Zuloaga, ¿se ha cumplido con ellas? Estas leyes, bárbaras y draconianas como son, no prescriben el asesinato.

Si la reacción por sus inspiraciones, que afecta recibir de lo alto, cree culpables á los militares que cayeron prisioneros, ¿qué código, qué ley, qué razón, qué pretexto puede presentar para declarar reo de muerte al médico extranjero, que, ajeno á nuestras disensiones, ejercía su profesión curando á los heridos? ¿Por qué es reo de muerte el joven estudiante que sólo por servir á la humanidad y por amor á la ciencia, alivia las dolencias de hombres que padecen? ¿Por qué es reo de muerte el hombre pacífico, á quien se arranca del hogar doméstico sin saber siquiera si ha tenido parte en la contienda civil? ¿Por qué son reos de muerte niños transeuntes que se detienen en el campo de batalla? ¿Por qué? Porque la reacción tenía sed de sangre, porque una vez que la opinión la rechaza, ella quiere afirmarse por medio del terror, é intimidarla con patíbulos. ¡Funesto error! ¡Insensato desvario!

Ni siquiera puede alegarse que se ha ejercido una represalia. Recuérdese lo que ha pasado desde que el clero comenzó á derrochar los fondos de la Iglesia en promover asonadas para defender sus fueros y privilegios, y se verá que desde el primer pronunciamiento de Puebla, los heridos del enemigo fueron siempre sagrados para los liberales, y los trataron perfectamente en sus hospitales; que ni uno solo de los cabecillas de la reacción dejó de caer prisionero, y á todos se les vió con clemencia. Osollos, herido en la Magdalena y prisionero, se mostró reconocido á la generosidad y benevolencia con que le atendió el General Parrodi. Miramón fué aprehendido más de una vez; Mejía fué derrotado y prisionero; Cobos y otros muchos tuvieron la misma suerte, y aunque había leyes que los declaraban reos de muerte, hubo para ellos indultos y clemencia. Por lo demás ¡cuántos reaccionarios salvados en el mismo campo de batalla por los liberales! Se les han concedido capitulaciones; han quedado libres,

jurando no hacer armas contra la Constitución, y ellos han violado sus juramentos. En Tampico los mismos Corona y Márquez han caído prisioneros en poder del Gobernador Garza, quien oponiéndose á las exigencias populares, se negó á pasarlos por las armas.

No esperamos la misma conducta del partido conservador, que parece dispuesto á extinguir todo sentimiento de humanidad. Recordamos estos antecedentes, sólo para que contrasten con el crimen de Tacubaya; y no por esto queremos que el partido liberal deje de ser generoso y magnánimo, una vez que jamás debe seguir las huellas de su antagonista sin suicidarse. No, los liberales no pueden ser asesinos, no pueden reproducir la carnicería del día 12, porque para ellos no es, como para la reacción, crimen la ciencia, delito la caridad, abominación la filantropía. No, el partido liberal jamás verterá la sangre del médico que cumpliendo su santa misión no piensa en salvarse, sino que á riesgo de su vida permanece en el teatro del combate por no abandonar á los desgraciados que reclaman el auxilio de la ciencia. No, el partido liberal no extinguirá jamás con la muerte los sentimientos de caridad y de abnegación que germinan en el corazón de la juventud, ni tendrá como delitos la virtud y la generosidad. No, el partido liberal jamás entregará al verdugo cabezas de niños, cabezas llenas de genio y de esperanza que un día darían honor á su patria. No, el partido liberal jamás en sus triunfos hará una cacería de hombres para exterminarlos en castigo de sus simples opiniones. No, el partido liberal que proclama la libertad de conciencia, jamás se interpondrá entre Dios y el alma humana para negar al moribundo los postreros auxilios de la religión, como si la venganza pudiera llevarse más allá de los linderos de este mundo! No, el partido liberal jamás seguirá el bárbaro ejemplo del 11 de Abril; porque el partido liberal cree en Dios y tiene ideas de justicia, de clemencia, de humanidad, y no quiere deshonorarse ante el mundo civilizado.

III

Desde el 10 de Abril trabóse una lucha en las lomas de Tacubaya, y el General Degollado resolvió emprender una retirada, señalando

una corta sección que resistiera el empuje de los soldados de la guarnición de México. Esta sección combatió con valor hasta agotar sus municiones, la villa fué invadida, el palacio arzobispal ocupado por los soldados de la reacción, que viendo vencidos á sus enemigos les hicieron fuego y los lancearon en todas partes, sin hacer distinción entre los heridos.

Algunos jefes y oficiales quedaron prisioneros al terminar la acción del 11. Los heridos no pudieron seguir la retirada, y quedaron en hospitales improvisados en el arzobispado y algunas casas particulares. Con ellos quedó el jefe del Cuerpo médico militar del ejército federal y tres de sus compañeros, que creyeron inhumano y desleal abandonar á hombres cuyas vidas podrían salvar, cuyas dolencias podrían mitigar.

Un día antes de la acción se supo en México que eran muy pocos los profesores que venían en el ejército federal, y esta escasez podía hacer mucho más funestos los resultados de una batalla. Esta noticia hizo que algunos jóvenes estudiantes formaran y llevaran á cabo el noble proyecto de ir á Tacubaya á ayudar gratuitamente á los facultativos, y á curar y operar á los heridos de los dos ejércitos.

Terminada la acción, varios vecinos recorrían el teatro de la batalla para informarse de lo ocurrido y auxiliar á los moribundos.

Otros jóvenes llegaban en aquel momento á la población viniendo de tránsito para México á completar su educación.

La contienda había concluido; contienda entre compatriotas y hermanos; no quedaba para el vencedor más que el triste y piadoso deber de curar á los heridos, de sepultar á los muertos y endulzar la suerte de los prisioneros: esto habría hecho cualquier caudillo que hubiera tenido de su parte el derecho y la legitimidad. Pero pocas horas antes había llegado á México D. Miguel Miramón, como primer disperso del ejército que anunció iba á tomar Veracruz, y retrocedió espantado de los muros de aquella heroica ciudad sin haberse atrevido á atacarla. Humillado, caído en el ridículo, prófugo, quiere vengar los desastres que debe á su impericia y vuela á Tacubaya. El genio del mal, el demonio del exterminio y del asesinato, cayó sobre aquella población!

Durante el desorden de la ocupación de la villa, se oían tiros por todas partes. Unos huían, otros se defendían vendiendo caras sus vidas, otros sucumbían; pero, aunque desigual, había lucha todavía.

Miramón reúne en San Diego á Márquez, Mejía y Orihuela, sabe allí los nombres de algunos prisioneros, y estos tres hombres reunidos en un claustro decretan la muerte de todos los vencidos y de cuantos se encuentren en su compañía. Estos tres hombres pronuncian el *va victis!* de los tiempos más bárbaros. Varios jefes palidecen al recibir las órdenes de los asesinos; pero hay cobardes que se encargan gustosos de la ejecución de la matanza.

Los soldados caen sobre los heridos, penetran hasta los lechos que les ha preparado la caridad, y allí los acaban á lanzadas, animados por la voz de Mejía.

Los médicos, pocas horas antes, habían dicho á un oficial, que estaban prestando socorros urgentes á los heridos. El oficial les dijo que hacían muy bien en cumplir con su deber, y desde entonces los auxilios de la ciencia se impartieron por ellos sin distinción á liberales y á reaccionarios.

Llegó la noche, y comenzó á cumplirse la orden de los jefes de asesinos.

En el jardín del arzobispado sucumbió la primera víctima, el General D. MARCIAL LAZCANO, antiguo militar, que acababa de batirse con un valor admirable, y que al ser conducido al suplicio fué insultado por oficiales que habían sido sus subalternos, y á quienes había corregido faltas de subordinación y disciplina. El General les dijo: "*Hay cobardía y bajeza en insultar á un muerto.*" Le intimaron que iba á ser fusilado por la espalda como traidor, él opuso resistencia; pero después dijo: "*No soy traidor; sólo por mi familia siento la muerte; por lo demás, me resigno á mi destino.*" Tomó un vaso de agua, y cayó atravesado por las balas, del pecho y de la cabeza.

Inmediatamente corrieron la misma suerte

El Coronel D. Genaro Villagrán.

El Coronel D. José María Arteaga (escribano).

El Capitán D. José López.

El Teniente D. Ignacio Sierra.

Los cuatro murieron con valor, y fueron fusilados por la espalda; los cuatro animaron á sus verdugos diciéndoles que no temblaran al hacerles fuego. VILLAGRÁN era un militar pundonoroso é inteligente, que había sufrido largas prisiones por su amor á la causa demo-

crática, y que se distinguió muchísimo en la guerra americana. Arteaga, hombre que vivía del ejercicio de su profesión, no pertenecía al ejército permanente, como jefe de Guardia Nacional sostuvo la Constitución y fué fiel á su bandera. ¡Y estos hombres mueren como traidores! ¡Y les infieren este ultraje Miramón, que comenzó su carrera por vender y traicionar á su protector Benavides, por traicionar al Gobierno que acababa de ocuparlo; Márquez, perpetuo fautor de asonadas, y Mejía, el terror de la Sierra, alzado siempre contra todos los Gobiernos y violando siempre sus juramentos!

IV

Los médicos oyeron los tiros, conocieron lo que pasaba, y sin embargo, seguían haciendo vendajes y practicando amputaciones. Hubo quien dijera á D. Manuel Sánchez que huyera, y él, mostrando un instrumento quirúrgico que tenía en la mano y el enfermo á quien operaba, dijo: "No puedo abandonarlo."

Los soldados llegan hasta las camas de los heridos, arrancan á los médicos y á los estudiantes de las cabeceras de los pacientes, y un momento después caen acribillados de balas

D. Ildefonso Portugal.

D. Gabriel Rivero.

D. Manuel Sánchez.

D. Juan Duval (súbdito inglés).

D. Alberto Abad.

Portugal pertenecía á una de las familias más distinguidas de Morrelia; era notable por su ciencia y filantropía, y era primo hermano de D. Severo Castillo, el llamado Ministro de guerra de Miramón.

Rivero ejercía las funciones de jefe del Cuerpo médico del ejército federal, y no quiso retirarse cuando salieron las tropas.

Sánchez fué el que permaneció al lado de los enfermos, aunque se le advirtió el peligro que corría.

Duval era un hombre estimado por su caridad, por la conciencia con que ejercía su profesión, y que jamás se había filiado en nuestros bandos políticos.